

The background of the entire page is a close-up photograph of footprints in sand. The footprints are arranged in a path that leads from the top right towards the bottom left. The sand is a warm, golden-brown color, and the footprints are dark, showing the texture of the sand and the shape of the feet. The lighting is soft, creating gentle shadows and highlights on the sand's surface.

Joxe Mari Arregi Guridi (coord.),
José Rodríguez Carballo, Carme Soto Varela,
Felicísimo Martínez Díez, José María Arnaiz,
José Cristo Rey García Paredes, Patricia Noya, Heinz Kulüke

Una historia de Amor

Seguir a Jesús en la Vida Consagrada hoy

PRESENTACIÓN

Una historia de Amor. Seguir a Jesús en la Vida Consagrada hoy

Joxe Mari Arregi Guridi

Eso quiere ser este libro. El relato de «Una historia de Amor», un Amor con mayúscula porque el protagonista principal es Él, que es quien nos amó primero; una historia que ha ocurrido miles de veces a lo largo de la historia y una historia que sigue ocurriendo cada vez que se sigue a Jesús en la vida consagrada (aunque no solo en ella). Al comienzo, en medio y al final de la vida consagrada se coloca el deseo de Dios Padre de dar toda la densidad de su vida en comunión trinitaria; se coloca la llamada de Jesús a seguirle para participar de su vida; se coloca la fuerza del Espíritu que hace posible caminar tras sus huellas, y se coloca cada una de las personas de antes y de ahora que, agradecidas por la llamada, desean vivir la comunión de amor con Dios y con todos los hombres y mujeres.

De eso trata este libro, pero hagamos primero algunos subrayados.

1. Un hermoso recorrido

Es algo que brota espontáneo decir al mirar hacia atrás a estos 50 años de vida consagrada después del Concilio Vaticano II: «Se ha hecho un hermoso recorrido». No exento de dificultades y problemas, tampoco han faltado incertidumbres y preguntas, discusiones y hasta oposición, pero ha sido un recorrido que ha merecido la pena.

Muchas cosas se han dicho y escrito, y muy hermosas (casi todas), desde que el Concilio Vaticano II, sobre todo en su constitución *Lumen Gentium* y en el decreto *Perfectae Charitatis* intentara clarificar lo que es la esencia de la vida consagrada. Habría que recoger y valorar debidamente todo ese esfuerzo realizado por el conjunto de la vida consagrada en la Iglesia y en el mundo.

Mucho es lo que se ha escrito y mucho más lo que se ha vivido. A pesar de algunos aspectos que provocan ciertas incertidumbres y dudas de cara al presente y al futuro inmediato, especialmente en algunas órdenes y congregaciones, se puede afirmar que hoy estamos infinitamente mejor que en aquellos años del primer posconcilio. La teología de la vida consagrada se ha asentado, ha clarificado su identidad. Es verdad, la vida consagrada hoy, especialmente en Europa, no cuenta con las cifras de consagrados/as de los primeros años del posconcilio; en muchas órdenes y congregaciones se habla de una merma de casi el 50%. También la vida consagrada es más anciana, lógicamente por la falta de nuevas vocaciones jóvenes. Basta abrir los ojos.

Y sin embargo, hoy estamos mejor; mejor equipados doctrinalmente porque el gran esfuerzo de clarificación que se ha dado en los últimos decenios ha producido documentos, pensamiento, doctrinas, reflexiones, actitudes y cambios en el modo de vivir nuestra vida consagrada. ¡Qué agradecidos debemos estar a todos/as aquellos/as que han hecho posible esta clarificación de la teología y la espiritualidad de la vida consagrada! Hemos pasado de una lectura marcadamente jurídica y moralista de la vida consagrada, donde se primaba sobre todo el «cumplimiento» de las normas establecidas, sin apenas tener en cuenta las personas, su originalidad, su momento, su proceso..., a otra lectura más centrada en el seguimiento de Jesús, hecho a coro, en comunidades de hermanos/as que se reconocen como tales e intentan ofrecerse los unos a los otros en reciprocidad de vida y de servicio. Así mismo hemos comprendido bien que la vida consagrada es misión, que sin misión no existe y que esta

misión, en comunión eclesial, consiste en alargar los brazos de Jesús para llegar a todos los hombres y mujeres, especialmente a los más despeñados de la tierra, según el carisma de cada congregación.

Hoy sabemos muy bien el lugar que los consagrados/as ocupamos en la Iglesia, el sentido de la consagración como entrega agradecida, total y radical a Aquel que hace posible esta vida, el sentido de los votos como expresión de amor y no tanto o solo como renuncia ascética, el servicio de la autoridad como impulso y apoyo para que los hermanos vivan y crezcan, la gracia y al mismo tiempo el precio a pagar en la vida fraterna, la urgencia de sentirnos enviados en medio de los hombres y mujeres, especialmente a los más despeñados, como «brazos alargados de Jesús», la importancia y el lugar de la formación permanente como modos de fidelidad a la llamada recibida...

Es verdad, como lo dijo el Papa Francisco, que «la situación de la vida consagrada es delicada», pero ello no nos debe llevar a olvidar lo que hemos caminado, lo que hemos aprendido, lo que hemos gozado, lo que nos espera siguiendo a Jesús en este mismo camino.

2. A lo esencial

Es lo que hemos aprendido durante este largo recorrido y es lo que, sobre todo, nos han enseñado estos tiempos de discernimientos, de preguntas y hallazgos, de búsquedas y de crisis: hemos aprendido a ir a lo esencial. Sería demasiado atrevido decir que antes no se iba a lo esencial, pero quizá estaba oculto entre el ramaje y el follaje de una espiritualidad dualista y moralista, y con infinidad de normas que al final tapaban lo esencial. Digamos, si acaso, que lo esencial iba como de tapado, como escondido y oculto. Había un gran florecimiento y fuerza de muchos aspectos en nuestra vida consagrada; era enorme la fuerza que adquiría lo disciplinar-moral-jurídico; la espiritualidad, la relación con Dios, la entrega a Él venía revestida de una enorme cantidad de prácticas ascéticas y devocionales hasta el punto de confundir lo periférico con lo central, lo relativo con el absoluto, lo añadido y caduco con lo esencial y perenne. La vida fraterna más se parecía a un regimiento bien disciplinado y uniforme que a un encuentro de hermanos/as en relación y reciprocidad,

cuidando y resaltando la propia originalidad de cada hermano/a. La autoridad era ejercida por parte de los que tenían ese encargo más como poder, de arriba abajo, como vigilantes y garantes del orden establecido, que como servicio y apoyo a cada hermano según su propia identidad, su originalidad y su momento...

Eran otros tiempos y eran otros modos. Hoy la relectura de nuestros carismas fundacionales nos ha llevado a redescubrir gozosamente, de la mano de nuestros fundadores, lo esencial que no es otra cosa, sino descubrirnos amados por el amor gratuito, incondicional y radical de Dios manifestado en Jesús muerto por nosotros y que nos convoca a participar, por su Espíritu, en esa corriente de amor que Él mismo vive y goza en la familia trinitaria.

Ser consagrado/a puede ser leído y entendido de muchas formas, como de hecho se ha hecho a lo largo de la historia y se ha ido haciendo a lo largo de estos 50 años de posconcilio. No es arbitrario decir que una forma de entender hoy nuestra vida consagrada es comprenderla «como una historia prolongada de amor», el amor, en primer lugar, que Él nos tiene y el amor, siempre limitado y siempre a nuestra medida, con el que intentamos vivir nuestra relación con Él y con los hermanos todos.

3. Convocados personalmente con hermanos para un servicio

En estos 50 años que nos separan del Concilio Vaticano II ha habido todo tipo de intentos de entendernos dentro de la Iglesia. Intentos todos ellos legítimos y loables porque se quería comprender de una forma nueva lo que somos y representamos en la Iglesia. Veníamos de un largo período en el que la lectura y comprensión de la vida consagrada se hacía sobre todo desde las estructuras y desde una concepción de la vida como disciplina, arriesgando ahogar las personas y su originalidad. Entre los primeros intentos de una relectura de la vida consagrada, pronto surgió la idea y el deseo de la libertad y de ahí la comprensión de la vida consagrada como «autorrealización». Se siguió con el descubrimiento de la fraternidad como ámbito no solo de una vida en común, equiparable a un grupo cohesionado y uniformado o a los ejércitos, sino como

descubrimiento de «la gracia de los hermanos» y, por ello, del respeto a cada uno en su originalidad y como modo de crecer desde el diálogo y la confrontación. Era la época de la comunión y de la fraternidad. Vino, finalmente, otro período en que la vida consagrada queriendo dar un paso al frente redescubrió la profecía. La vida consagrada estaba y está llamada a ser una palabra profética en la misma Iglesia y en el mundo, una profecía que debía ser expresada sobre todo en la comunión con los más perdidos de la sociedad, en las barriadas pobres de Occidente. Y se entendió la vida consagrada como «profecía».

Hoy, y gracias a esos empeños y esfuerzos por querer situar adecuadamente y definir la vida consagrada, se ha llegado a una definición de nuestra vida consagrada en la que hay gran consenso y que integra esos aspectos anteriormente señalados, porque no pueden faltar (la vida consagrada no puede ser merma para las personas, necesita de la comunión fraterna como esencial y ha de ser profética por vocación) y sin embargo, ellos solos, no dan razón cabal de lo que es la vida consagrada. Hoy nos entendemos en la vida consagrada como personas sorprendidas con la gracia de una llamada personal y especial por parte del Señor para seguirlo con otros hermanos que hacen este mismo recorrido y para un servicio, como Jesús, el servicio del Evangelio del Reino. Dicho de una forma o de otra, en un equilibrio admirable, esos tres son los elementos que configuran esencialmente la vida consagrada: «los llamó para que estuvieran con él y para anunciar el Reino» (cf. Mc 3,14), es decir, llamada, con hermanos, para un servicio.

4. Amor de seguimiento: llamada

«Tú, sígueme» es la palabra que determina nuestra vida consagrada. Un «tú, sígueme» pronunciado por el Espíritu de Jesús y escuchado de forma misteriosa a veces, clara, muy clara, otras, y secundada con sorpresa, a veces, y siempre con gratitud por parte de quien hace este seguimiento. Es una llamada de amor para el amor; una historia que comienza con una palabra de amor, de intimidad, de encuentro, y que se traducirá en gestos, gestos de amor. ¿No comienza toda historia de amor entre dos personas con una palabra? «¡Te quiero!». Así es la historia de Dios con la humanidad. Dios puso en marcha la

creación con una palabra: «Hágase»; y se hizo la vida. Del mismo modo la historia de María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti...». Y dijo María: «Hágase». Y así la historia de los discípulos/as que al escuchar a Jesús «sígueme», dijeron con su vida: «Hágase».

La vida consagrada no es un estatus, ni un cuerpo de doctrinas que cumplir, ni una serie de verdades que hay que aceptar y creer. La vida consagrada es una llamada personal a una historia, una historia de amor que comienza con esa palabra, escuchada a veces en medio de otros ruidos y palabras, y que siempre se traducirá en vida, una vida de amor. Una historia en la que la iniciativa es de Él, porque lo que quiere es expandir su amor, ofrecerse como Palabra viva, como camino, verdad y vida. Y, por consiguiente, una historia en la que solo nos queda escuchar la invitación, acogerla y agradecerla. Y la forma de agradecer es seguirlo, ir detrás de Él, amar lo que Él ama, rechazar lo que Él rechaza, aceptar la dirección que Él toma en la vida, servir a los que Él sirve, mirar todo, (la vida, la muerte, la persona, la relación, la salud, la enfermedad, el trabajo..., todo, todo), en la forma en que Él mira y ama.

El seguimiento de Jesús es la gracia de poder compartir su vida, su muerte, su destino, su suerte. Es una llamada hecha desde el amor, con amor y para el amor.

5. Con los hermanos que el Señor nos da: fraternidad

Lejos de una concepción individualista y espiritualista de la vida consagrada, esa historia de amor iniciada por el Señor se prolonga a través de los hermanos/as que Él nos da. Los consagrados/as vivimos en comunidades no primeramente para escaparnos de la soledad que a veces se impone en la vida ni para compensar nuestros déficits afectivos; tampoco para que el servicio que prestamos sea más coordinado ni más eficaz, o para disponer de recursos humanos valiosos. La vida fraterna no es eso primeramente.

Vivimos en comunidades porque queremos acoger, vivir, y expresar con nuestros hermanos la gracia de la comunión con Dios; queremos prolongar con los hermanos la celebración de ese encuentro misterioso con Él. Se nos conceden hermanos/as para amarlos y para que nos recuerden que siempre

somos amados por Dios, para gustar con ellos y aprender cómo es nuestro Padre Dios.

Por ello, lo primero que hace la comunidad cada mañana reunida en el nombre del Señor es abrirse al querer de Dios, porque el consuelo y la alegría del amado no es otro sino hacer lo que el otro quiere; en *fiat* agradecido la comunidad busca responder: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?». Y al atardecer la comunidad se encuentra de nuevo, en el nombre del Señor, para agradecer, cantar «porque es eterna su misericordia». El primer quehacer de la comunidad de consagrados y consagradas es ayudarse a sorprenderse cada día del don del amor de Dios; ayudarse a leer la existencia desde esa revelación del Amor; ayudarnos a sentirnos acogidos y perdonados siempre; ayudarnos a colocarnos en la vida desde la mirada confiada del Padre hacia cada uno, especialmente hacia los más pequeños y perdidos. La comunidad que queremos hacer es expresión del amor recibido gratuitamente y escuela de misericordia, de acogida, de fiesta y de perdón. La comunidad de consagrados/as o es verificación y prolongación de esta historia del amor recibido o se volverá una carga enorme donde soportarnos en nuestras limitaciones.

6. Una historia que se expande: misión

Esta historia de amor que queremos vivir y relatar con nuestra consagración no se acaba ni se encierra siquiera en la propia comunidad. Como la historia de Jesús, nuestra historia se abre, se expande, sale de su círculo amoroso comunitario y busca más amigos, más hermanos, busca relatar esta historia maravillosa y sorpresiva a otros, busca expandir y contagiar de amor a toda la humanidad. Es nuestra misión, porque «somos misión».

Ir a África o a países del llamado Tercer Mundo para compartir vida con la gente de allá, o cuidar enfermos en cualquier hospital psiquiátrico de Occidente, o atender con paciencia y humildad una portería de un convento, o dar clases en un colegio, o celebrar y predicar en una iglesia o compartir vida en cualquier barriada pobre de aquí o de allí... son algunas de las formas que toma el amor de los consagrados.

Cuentan que en cierta ocasión le sorprendieron a san Francisco de Asís gritando con pena por los bosques: «El Amor no es amado, el Amor no es amado». Y ese es el grito de los consagrados cuando salen y se entremezclan con los hombres y mujeres. La misión no es un campo de experiencias para autorrealizarnos ni siquiera la pista para probar y demostrar nuestras habilidades. La misión es, en primer lugar, necesidad de expandir lo que todos hemos sentido y vivido: el amor desmesurado, incomprensible, sorpresivo y gratuito de Dios; misión es querer anunciar y contagiar el amor, la misericordia, el perdón y la ternura de Dios. Misión es la pretensión de querer ser humildemente, los ojos misericordiosos de Jesús que miran y ven todo con el amor del Padre; misión es la pretensión de ser los brazos alargados de Jesús que acoge y acaricia; es ser la boca que anuncia la dicha de pertenecer todos, sin excluir a nadie, a la familia de los hermanos y hermanas que tienen un Padre común y la boca que denuncia cada vez que un hermano, donde quiera que esté, es aplastado o se le despoja de la dignidad elemental de todo hijo de Dios; misión es también dedicarse a estar, agradecer, cantar y derramar generosamente el mejor perfume a los pies de Aquel que es el reflejo del Amor; misión es celebrar la eucaristía acogiendo y agradeciendo el don del Hijo... El amor no tiene forma y la toma cada vez que uno se siente amado y ama.

7. En vasijas de barro (2 Cor 4,7)

Nos ocurre, como bien expresó san Pablo, que «todo este tesoro lo llevamos en vasijas de barro» (cf. 2 Cor 4,7). Una gran vocación y unas realizaciones a la medida nuestra, limitada. Un gran Amor en el origen de la vocación de la vida consagrada al que, según van pasando los años, nos vamos «acostumbrando», y a veces banalizándolo. Somos, digámoslo también, «miseros humanos», hombres y mujeres limitados, que nos descentramos, que perdemos el norte, que nos distraemos con sucedáneos que van apareciendo en el camino o que confundimos el Amor revelado con pequeños sorbos de afectividad o la fraternidad con un grupo de compañeros o la misión con cumplir lo mandado...

Puede ocurrir alguno de estos supuestos:

A) Una historia de fidelidad

Es lo primero que cabe decir mirando la historia de tantísimos y tantísimos hermanos/as nuestros que han vivido y siguen viviendo su vocación con amor verdadero, en fidelidad creativa, con entrega generosa. A pesar de haber dejado girones de su vida en el empeño, no se echan para atrás por nada; hermanos y hermanas, que hace mucho tiempo pusieron el timón en la dirección buena y que siguen en el empeño, contra viento y marea, aunque ahora quizá con las fuerzas desgastadas para remar como antes. Pero el encuentro con Jesús, con el Evangelio, la entrega generosa y la disponibilidad para ir haciendo cada vez lo que el Señor indica, eso es algo que no se discute. Es un amor fiel y aprendemos de ellos y agradecemos a Dios por el testimonio de esas vidas así, tan sencillas y tan misteriosamente significativas.

B) Una historia de un amor probado, cansado

Es otro de los rasgos que se observa a menudo en nuestros hermanos/as; hermanos y hermanas que están relativamente contentos del recorrido realizado, han vivido y gozado mucho, se han entregado con generosidad, han recorrido muchos caminos de misión en fraternidad, han vivido con ilusión, sobre todo algunas etapas del camino, y siguen en el camino con empeño. Sin embargo, ahora, a la vista de los resultados y del cariz que van tomando las cosas en la Iglesia, en la congregación, en su propia comunidad y a la vista del desgaste que este camino les ha supuesto, se sienten también cansados, agotados, como sin fuerzas. Se nota a veces una falta de pasión y de fuerza para emprender nuevos viajes y caminos: «dejadnos en paz», parecen decir algunos a veces.

C) Una historia de un amor desfasado

El amor, cuando es tal, nunca es desfasado porque responde a las demandas del que ama, pero hay unos modos de vivir y de hacer el recorrido del camino vocacional que no responde ya a lo que sus orígenes indican. El recorrido que a veces se va haciendo en algunas de nuestras fraternidades no es el de aquel que

vive centrado en Aquel que es el responsable de todo este asunto: en la persona de Jesús, su Espíritu, su propuesta del Reino...

Puede ocurrir también que en un momento determinado tampoco se perciba la fraternidad y a los hermanos/as como suelo donde prolongar esta historia de amor. Al revés, a veces la fraternidad se muestra como un lugar terrible de indiferencias, celos, envidias, discusiones rompedoras, situaciones todas ellas que hacen mucho daño. La fraternidad, como otras cosas en la vida, frustra. Es verdad que nuestras fraternidades quieren ser fieles al Señor, no hay duda de ello; pero hay que reconocer que a menudo el Señor ha ido ya muy lejos y la fraternidad no le ha seguido.

D) Una historia de un amor desorientado

Mientras hacíamos ese recorrido han ocurrido muchas cosas; muchos hermanos/as han marchado o han fallecido; el guión que servía en otras épocas nos lo han cambiado; para muchos, cuando comenzaron esta historia de amor, eran épocas de cristiandad, soplaban los vientos a favor; ahora ya estamos en época de increencia y de secularización; se ha relativizado mucho lo que en otros tiempos era casi absoluto; los continuos cambios en las orientaciones y lecturas que se hacen del hecho religioso y cristiano, cambios a menudo hacia abajo, hacia las rebajas, hacia la increencia... Todo esto ha hecho que muchos hermanos estén desorientados; no es que no quieran seguir en lo que ha sido su centro durante toda su vida, es que el entorno no les acompaña. Muchos hermanos/as miran a los superiores para ver si consiguen alguna palabra de ánimo y de confianza y a ellos también a menudo se les ve desorientados; vista la situación real actual de la vida consagrada los hermanos preguntan por el futuro de la misma y hoy apenas nadie sabe darles respuestas seguras que les confirmen en su historia. Un amor desorientado, necesitado de norte, necesitado de centros, necesitado de clarificación y determinación es lo que muchos hermanos/as sienten y viven.

E) Una historia de un amor ideologizado

No es lo mismo haber gustado el amor que hablar de lo que otros dicen que es el amor; no es lo mismo haberse sentido amado que imaginar lo que puede ser el sentirse amado. Muchos hermanos y hermanas han tenido esta dificultad de un amor ideologizado; una fe, sistema de seguridades a las que se agarran, más que experiencia de camino personalizado con quien nos quiere y se revela como amor. Y las ideologías duran lo que la moda: hasta que salga otra. Se trata de personas con un sistema religioso bien armado y estructurado, pero sin recorrido espiritual personal; se trata de fraternidades enteras que viven y expresan lo religioso, pero a veces se nota: falta fondo, falta motivación personalizada, falta el motor vocacional que es la experiencia de haberse sentido amados por Él y haber seguido su huella.

F) Una historia de un amor sin amor

Es el amor vacío, vaciado. El amor, la relación, necesitan ser cuidados y mimados en el día a día, necesitan «memoria», recuerdo y necesita también historia presente que lo actualice, de lo contrario se marchita y se muere. Se ve en bastantes matrimonios donde existe todavía cierta fidelidad formal, pero por dentro falta el fuego y la pasión, ya no es lo que fue, ya no hay lo que hubo. Algunos hermanos, algunas fraternidades, guardan la forma de esta historia de amor en la que se pusieron hace años: siguen rezando, siguen haciendo el bien, se entregan incluso con generosidad a determinadas tareas, sobre todo en determinados momentos... Pero a nadie se le oculta que ahí falta algo fundamental: falta la chispa del amor. Quizá ha faltado el cuidado de cada día, el pequeño detalle que alimenta el corazón: la relación personal, el equilibrio entre los diversos valores y exigencias, la formación necesaria y suficiente para los nuevos caminos. Quizá hasta se pueda pensar que en algunos casos nunca hubo amor real, pasión, porque una cosa es cierta: la suma de voluntarismos no enciende todavía la llama del amor.

G) Una historia que se olvidó

No sé en cuál de estos apartados colocar, pero me resulta sugerente copiar por fin un texto que alude a alguna de estas situaciones. El texto, que es un cuento

de Kierkegaard, lo puso de nuevo en circulación Dolores Aleixandre, y dice así:

Un hombre durante un viaje a Oriente se enamoró locamente de una mujer china de la que desconocía la lengua y con la que solo podía comunicarse con señas y muestras de afecto. Al volver a su país, como no podía entender sus cartas, se puso a aprender chino para poder seguir en relación con ella, se enfrascó durante años en el estudio de la lengua, hizo un doctorado y se convirtió en un eminente sinólogo que viajaba por el mundo dando conferencias sobre la cultura y la lengua de China. Pero, tanto le habían absorbido los estudios, los viajes y la fama, que llegó a olvidar a la mujer de la que un tiempo estuvo enamorado y solo algunas veces recordaba con nostalgia aquel amor por el que había empezado todo (Dolores ALEIXANDRE, «Memoria viva del “Juego Pascual”. Mística y tareas de la Vida Religiosa hoy», Boletín de la UISG, 108, 6).

La vida religiosa, nuestra vida, no está libre del peligro de correr la misma suerte del sinólogo y necesitamos reaccionar. Por eso necesitamos revisar con frecuencia qué indiferencias, distancias o distracciones, tanto a nivel personal como colectivo, nos van difuminando aquel «primer amor» por el que empezó todo en cada uno de nosotros y del que nace siempre la capacidad de apasionarse por el mundo de Dios.

H) Una historia de un amor renovado

También ocurre esto y se da entre nosotros. Hermanos/as que tras un período de crisis, de oscurecimiento, de haber ido lejos en otras direcciones, tras períodos de vaivenes e incluso de infidelidades manifiestas..., han reencontrado su camino, el camino con el Señor y con los hermanos. Las crisis, lejos de hundirlos, los han vuelto sabios y humildes y han aprendido a renacer desde sus propias cenizas. Sin la ingenuidad del principiante, con las muestras y cicatrices del dolor y del sufrimiento, pero con un amor renovado, limpio, centrado en lo esencial, sin dispersión... Es la historia que observamos en muchos hermanos/as, es el estímulo de quienes se han reencontrado y ahora son testigos «del tiempo de Dios» y cantores de su misericordia. ¡Cuánto bien hacen! ¡Cómo facilitan el camino a quienes caminan con ellos!

8. Nuestra hora: recuperar la relación, los fondos

Nos lo han dicho muchas veces y lo hemos leído: el futuro de la vida consagrada no dependerá de la cantidad de hermanos y hermanas que en ella

haya, sino de la calidad que ellos y ellas sean capaces de vivir y ofrecer a la Iglesia y al mundo. Y parece que así va a ser.

¿Y por dónde tirar? Es la pregunta que se hacen muchos superiores y superiores, y es la temática obligada de muchos capítulos y asambleas de muchas, si no de todas las provincias y congregaciones. Se habla de redimensionar, repensar, reestructurar, revitalizar..., verbos todos ellos importantes y que habrán de ser aplicados sin tardanza, según el momento y situación de cada carisma.

Todos esos verbos tienen, sin embargo, como base una premisa: que los consagrados/as caminemos hacia una recuperación y un fortalecimiento de lo que parece ser esencial en nuestra vida: el redescubrimiento de la gracia de la llamada de Jesús a seguirle en fraternidades y para una misión; el redescubrimiento de los tres pilares básicos de la vida consagrada, en cuya base está siempre una relación personal con quien nos ama y nos llama.

La tarea que le toca a la vida consagrada del futuro no es, en primer lugar, recuperar protagonismo o espacio público como antaño; tampoco preocuparse compulsivamente por la subsistencia del propio carisma o incluso de la propia «obra»; a ella le toca recuperar relación, recuperar los fondos vocacionales que no son otros sino descubrir el afán del Padre por hacernos hijos y hermanos y el gozo que ello provoca, y escuchar su llamada personal a seguir a Jesús, su enviado; el futuro de la vida consagrada dependerá de que los hermanos/as, lo de menos es cuántos sean, tengan bien claro por quién están donde están; que redescubran la belleza del encuentro con Él, que es quien les impulsará a vivir una historia de relación con Él gracias a su Espíritu, y será también quien los acompañe hacia el encuentro con todos los hombres y mujeres en cuanto hijos y hermanos, primero en la comunidad propia y seguidamente en la misión.

Sin esta gracia del encuentro con Él y con lo que ello conlleva (de dejarse pronunciar y nombrar por la palabra, hacerse al mundo de Jesús y de su evangelio, conocer y practicar sus preferencias, actitud de agradecimiento por la sorpresa y gracia de la llamada, actitud de conocer y amar siempre su voluntad..., etc.), sin una relación personalizada con quien está en el origen de toda vida consagrada, sin la experiencia, por humilde, pequeña y oscura que sea, de haber sido encontrados y salvados por Él, sin un camino espiritual

y evangélico recorrido, sin confundir el camino con ideologías, difícilmente podrá subsistir con cierta garra la vida consagrada del futuro.

Son muchas las urgencias que se sienten en estos tiempos en la Iglesia y dentro de ella en la vida consagrada, pero quizá ninguna tan importante como volver y recuperar los centros, lo esencial. Y esencial es la relación, el encuentro; el resto serán sus consecuencias y sus derivados.